

SSCC

DAMIÁN DE MOLOKAI



Las visitas de Damián

Como colofón al trabajo en el aula planteado en las clases anteriores, proponemos terminar con una mirada imaginaria a Damián hoy. ¿Qué realidades visitaría? ¿Qué personas le llamarían la atención? ¿Quiénes serían hoy sus "leprosos", a quiénes amaría con entrega y ternura? Estos breves y bonitos relatos nos muestran unas posibles visitas del Padre Damián a nuestro mundo actual. El profesor puede elegir de entre ellos los que estime más oportunos para despertar el diálogo y el interés de sus alumnos.

Para finalizar invitad a los alumnos a que sean ellos los que narren una "visita de Damián". Podría proponerse un concurso literario con el Padre Damián de telón de fondo. Un concurso que puede hacerse por ciclos, curso, colegio o incluso intercolegial. El premio podría ser algo de lo que se esté preparando con motivo de la canonización o, si se hace un concurso a nivel nacional entre los distintos colegios de la Congregación, podría ser pagar el viaje al lugar de la canonización al alumno ganador y a sus padres.



En casa de Gloria Fuertes

Hoy Damián se ha reído como nunca. Y no es para menos. En sus manos ha caído un divertido poema que Gloria Fuertes le ha dedicado. Es ése que comienza con este sonoro verso:

*Beato Damián,
que comías espinas con pan.*

Damián se ha imaginado, por unos momentos, a Gloria con su simpática nariz pinochil y su famosa voz ronquil. Y, ni corto ni perezoso, se ha ido a casa de la singular poeta.

– ¿Cómo se te han ocurrido, Gloria, estos versos para mí? (Le pregunta Damián emocionado).

Y Gloria se lanza y le cuenta sus sentimientos:

*Me va la buena gente.
Y que no puedo amar a quien no ama.
No puedo amar a quien no compadece a la
pobreza,
al dolor, a la fealdad física, al llanto.*

La mirada de Damián y la de Gloria se funden instantáneamente, en el rostro de ella se dibuja una lágrima que entenece al santo leproso.

– Sí, querida amiga, ¡hay que amar tanto y hay tanta gente buena para hacerlo! Recuerdo que fue ese corazón de buena gente, que todos llevamos en nuestro interior, el que impulsó el cambio de Molokai, “Isla del dolor”, en una gran casa, un hogar en el que cada uno hacía lo imposible por reconocer en cada rostro deformado una criatura hermosa, a la que ninguna debilidad puede desfigurar totalmente.

Gloria guarda en su interior esas palabras de su amigo Damián y con un guiño, (te guiña a ti y a mí, amigo lector), nos dice:

*Soy tan rebelde
que me resisto a ser poeta de encargo,
pero a Damián ¡lo quiero tanto!*



Y lo bueno que tiene Gloria es que es *medalla de oro en saltos de ternura*. Y quiere a Damián, y a los viejecitos de la cuarta edad, a Jenny y a los drogadictos del portal. ¡Ah!, no se nos puede olvidar el gato perdido de Leganés, al que quiere mucho también.

Como Gloria tiene un corazón que no para, la inquieta compañía de su diablito de la guarda anda revolucionada estos días. Está convenciendo al diablillo para que se convierta en un ángel de la guarda, dulce compañía.

¿Seremos también nosotros capaces, queridos amigos, de persuadir a ese diablillo nuestro y hacer de nuestra vida un poema de fino tacto?

Texto de Fernando Cordero ss.cc.



Molino de Amor



Aquella mañana el centro de salud se encontraba, como casi todos los días, repleto de pacientes que esperaban a que les fuese llegando su turno. Damián ha ido a acompañar a un anciano, Miguel, para que la doctora Rosa le recete el colirio para sus ojos. Resulta que esta medicina no le hace apenas ningún efecto, pues Miguel está perdiendo prácticamente la vista por completo.

Durante la espera se produjo un divertido diálogo entre dos señoras asiduas al centro de salud. Una preguntaba a otra:

– Charo, me asustó no verte por aquí ayer, ¿qué te pasó?

A lo que respondió la otra mujer:

– Pues que me encontraba mala y cuando estoy así no se me ocurre venir a ver al médico.

Damián y Miguel se reían con el diálogo de las dos pensionistas. Es cierto que hay gente que no tiene nada que hacer y van diariamente al centro de salud. Nuestro amigo Miguel, desgastado por el paso de los años y la dureza de la vida, estaba especialmente contento aquel día y no sólo por la simpática anécdota que había escuchado. Hacía varios meses que no iba a por su ineficaz remedio, porque su doctora había estado de baja maternal.

Rosa había salido de casa a su consulta por

primera vez desde hacía varios meses, porque durante su embarazo tuvo que guardar absoluto reposo. Su hija ha sido fruto de un amor que se ha ido fraguando día a día con ternura y delicadeza. Su marido ha sido el compañero fiel que la ha acompañado en todo momento, su auténtico apoyo y fortaleza. Al iniciar su trabajo la ilusión la envuelve, porque se sabe tan querida y tan amada que necesita expandir irremediablemente sus nobles sentimientos.

– ¡Qué alegría me da verte, Miguel! ¿Cómo estás? (preguntó Rosa con entusiasmo).

A lo que respondió el anciano:

– Estoy muy contento de poder oírte otra vez, doctora. Ya sabe, aquí vengo a que me recete el colirio... Bueno, además le he traído un regalito para esa “rosa” de niña que ha tenido, que me han dicho que es preciosa.

Y sacó del bolsillo, con delicadeza y cuidado, una cajita, que entregó a la doctora. Ésta la abrió y quedó impresionada:

– Pero, ¿cómo has podido hacer este molino de viento con granos de arroz? ¡Es precioso!

Miguel sintió una enorme felicidad y, ante la mirada atenta de Damián, le dijo a Rosa:

– Con paciencia y con cariño, he ido colocando grano a grano. Me gustaría que cuando la niña sea mayor le diga, doctora, que hubo un anciano que se sintió tan querido y tan amablemente atendido que, aunque perdió su vista, aprendió a ver con el corazón.

Y Damián, terminada la visita, pensaba en los granos de arroz y en el molino. Recordaba a tantos leprosos a los que ayudó a no desmoronarse, a vivir con el convencimiento de que hay un amor que es más fuerte que la muerte. Un amor transparentado en la sonrisa de Miguel, en la ternura de Rosa, en el molino...

Texto de Fernando Cordero ss.cc.



Aterrizaje en Mozambique

¡Cuánto tiempo ha esperado para que llegase este momento! Y, antes de que la espera desgaste su juventud y su energía, la hermana Goyi, religiosa de los Sagrados Corazones, se ve embarcando en un avión junto con otras compañeras: Ángeles, Lina y Teresa. Todas ellas van llenas de vida y cargadas de ilusión a su nuevo destino: Mozambique.

Diez horas ha durado el vuelo de Lisboa a Maputo, capital de Mozambique, en el sur del continente africano, a miles de kilómetros de su pueblo, peal de Becerro, en plena Sierra de Cazorla. Antes de poner los pies en tierra africana, Goyi recuerda a su familia y aquel último plato de caracoles que tanto le gustó y que le preparó su hermana con tanto cariño.

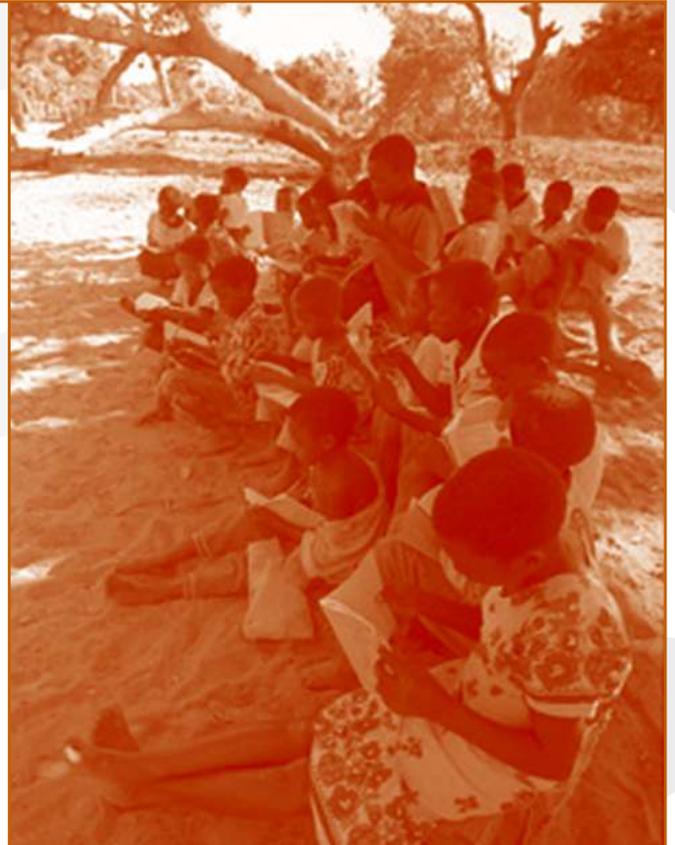
Unos días después de su llegada, nuestras misioneras viajan hasta su nuevo hogar: el Centro Catequético Nazaré, a 20 kms. de Beira. La casa es pequeña y ya está habitada por otros *inquilinos*, que no son precisamente unos sabrosos caracoles, sino arañas grandísimas, cucarachas, lagartijas, mosquitos, saltamontes y, en el exterior, al hacerse el silencio de la noche, escuchan el sonido de la serpiente cascabel.

Cuando pasa el primer desconcierto, ya calmados los ánimos y habiendo ganado la batalla a los bichejos con insecticida y escoba, alguien llama a la puerta. Goyi piensa en quién podrá ser el visitante y se va a abrir sin más.

– *¡Si es el Padre Damián! ¡Qué sorpresa tan inesperada! ¿Será un sueño?* (exclama en voz alta la misionera sorprendida).

Sí, es Damián, que viene a darles una bienvenida especial y a contarles muchas cosas de Mozambique.

– *¿Os habéis fijado en la cantidad de enfermedades que hay por la falta de higiene? La sequía está produciendo una gran epidemia de sarna (afirma con pena Damián). Sin embargo, es de admirar la capacidad de sufrimiento, de paciencia y las ganas de festejarlo todo que tienen los mozambiqueños. Es un pueblo interpelante.*



En medio de su pobreza los nativos acogen a nuestras misioneras con entusiasmo y cariño: cantos, danzas, palabras de bienvenida, regalos (gallinas, huevos, ...), se suceden sin parar. Y sin para de bailar ha estado Goyi, que ya de pequeña, en la cuna, hacía sus *pinitos* bailando sevillanas.

Las cuatro religiosas son felices, se dan cuenta de que no todo es tristeza y que este pueblo que sufre celebra la VIDA y la PAZ, que ahora tienen tras 29 años de guerra.

¿Seremos nosotros capaces, amigos lectores, de afrontar los propios sufrimientos y necesidades (que no son ni el hambre ni la sed), con la esperanza y el estilo festivo de los pueblos que sufren en el Tercer Mundo?

Texto de Fernando Cordero ss.cc.



Sábanas de esperanza

Damián ha ido con Fátima, encargada de las visitas a domicilio de Cáritas, al piso de Mateo, que sumido en la pobreza y la pena enviudó hace unos meses. Además, el anciano está cuidando de su hijo, Manuel, enfermo de SIDA con 33 años.

Ha tardado Mateo en abrirles a través del portero automático, pues estaba con una mascarilla conectado a su botella de oxígeno, debido a sus graves problemas respiratorios, a los que él no da excesiva importancia.

Lo primero que les llama la atención al entrar en el piso son las ollas quemadas, los azulejos blancos teñidos de grasa, el polvo acumulado y los montones de ropa por aquí y por allá. Mateo tiene una hija que viene de vez en cuando a echar una mano a su padre en la casa, pero cada vez con menos frecuencia. Ha entablado relaciones con un chico y lo que más desea es alejarse de su panorama familiar, que de ningún modo acepta, y que para ella supone una humillación. Y, claro, éste es uno de los motivos que más amargan la existencia de su padre que observa cómo su hogar y su familia se van rompiendo poco a poco, con el mismo ritmo con el que él recibe el oxígeno de la botella.

Mateo conduce a Damián y Fátima a la habitación de su hijo. Manuel estaba medio adormilado, con un brazo totalmente paralizado y con rostro de anciano desnutrido. Aquellas cuatro paredes, testigos de una joven vida que iba apagándose, desprendían el sinsentido del dolor, de la pobreza y de la insolidaridad.

Fátima, que tiene bastante experiencia en visitas a necesitados, dice a Mateo que es evidente que ha de solicitar una ayuda para seguir adelante y vivir con dignidad, que él no está en condiciones de llevar una casa con su deteriorada salud.

– ¡No, no queremos ayudas especiales! (exclama Mateo elevando un poco el tono). Sólo os pido unas sábanas limpias y una almohada para mi hijo. No lo

puedo ver envuelto en esas mantas tan ásperas. Necesita sábanas, que yo mismo lavaré, que le recuerden la suavidad de su madre y una almohada para poder reclinar la cabeza.

Fátima sale entonces de prisa con Damián para

traer las sábanas y la almohada. Le había sobrecogido la escena de aquel padre-madre pidiendo tan poca cosa, simplemente un envoltorio para cubrir la dignidad de su hijo querido y enfermo. Piensa, al salir de aquel humilde bloque de pisos, que a veces se quejaba de la vida que llevaba. Y recuerda un mensaje de Damián en la última reunión de Cáritas de la parroquia:

– Nuestras quejas son un desprecio a todas esas personas empobrecidas que pueden darnos miles de razones para la esperanza. No podemos vivir a medias. Hemos de decidirnos a ser auténticamente solidarios, a compartir lo que poseemos con quienes tienen tantas carencias materiales y humanas, y sólo les sobra soledad y miseria.

Texto de Fernando Cordero ss.cc.





Fiesta en el Cielo

Cuentan que gran jolgorio se armó en el Cielo cuando, procedente de Calcuta, llegó la diminuta Madre Teresa de los Pobres a las altas cumbres celestiales. El bueno de San Pedro había organizado una fiesta sorpresa de bienvenida y envió a Vicente de Paúl y a Damián para recibir a la misionera.

Teresa, buena samaritana, llegaba llena de arrugas, con su sari resplandeciente y con una mirada en la que se traslucían los rostros de los más pobres entre los pobres.

La religiosa se sentía feliz de estar con Damián y Vicente. Al Fundador de las Hijas de la Caridad, le dijo que le había ayudado a inspirar su obra y que aprendió algo muy importante de él:

– *No debéis olvidar jamás que los pobres son nuestros señores: tenemos que amarlos y prestarles obediencia.*

– *¡Vamos Teresa, que hay mucha gente aquí arriba impaciente por verte!* (dijo el apóstol de la Caridad un tanto ruborizado).

Damián, mientras tanto, le tendió suavemente su mano. Él siempre supo del amor que ella sentía por su vida y por su obra. Llevaba tiempo esperándola. Y le recordó la felicidad que provocó a un anciano leproso totalmente desfigurado, que se acercó a ella para decirle, tras haberla escuchado con emoción:

– *Repita eso otra vez, Madre Teresa. Me ha hecho mucho bien oírsele decir. Siempre había escuchado que nadie nos quiere. Resulta muy hermoso saber que Dios nos ama. ¡Repítalo de nuevo, por favor!*

Teresa había salido de la tierra con funerales de Estado, en los que los pobres no pudieron participar. Ahora, en el Cielo, se encuentra con una mesa sin fin en la que están sentados, con traje de gala, todos aquellos moribundos, leprosos, enfermos de SIDA, a los que ella y sus hijas e hijos han ayudado a morir con dignidad.

Al ver a su gente, Teresa llora de alegría:



Vosotros sois para mí el rostro de Cristo, mi Señor. Por fin, estoy con vosotros para siempre.

Damián contemplando la alegría de Madre Teresa le dice casi susurrando:

– *Teresa, has llenado el Cielo de pobres, que se han convertido en los amigos de Jesús, el Amor de tu vida. Y Jesús quiere verte, porque tuvo hambre, y le diste de comer; tuvo sed, y le diste de beber; estaba desnudo, y le vestiste; carecía de hogar, y le ofreciste cobijo.*

Así es, amigos lectores, la vida de las personas apasionadas por Cristo. Y aun en nuestro mundo quedan muchas personas que se dedican a sanar heridas, vendar llagas, quitar tanta sed, ... Cada uno de nosotros está llamado a servir como Teresa, Vicente o Damián. ¿Os acordáis de las palabras de Jesús: *Lo que hagáis al más pequeño de los míos, a Mí me lo hacéis?*

Texto de Fernando Cordero ss.cc.



Saborear la vida



Junto a la propaganda de ofertas de alimentación de un supermercado y el anuncio de una nueva pizzería, en el buzón había depositado el cartero correspondencia para Damián nada menos que del lejano Congo, en el corazón de África. Le ha escrito Felipe, un joven sacerdote misionero de 30 años, que ha vivido momentos muy duros en la transición del dictador Mobutu a la nueva situación del país, que aún no es la más óptima, del presidente Kabila. ¡Cuánto miedo han pasado los misioneros al ver los abusos del ejército sobre la población o cuando, impotentes, contemplaron el saqueo de sus casas! Sin embargo, el pueblo congolés les ha agradecido inmensamente que hayan permanecido con ellos, sufriendo con ellos, en la hora de su dolor y de su desesperación.

Damián abre rápidamente la carta. Hay párrafos densos y llenos de profundidad:

Me siento arrastrado por la vida y por mi vocación... No sé hasta qué punto será nuestra acción eficaz aquí, pero lo que nosotros no hagamos quedará por hacer. Gracias a vuestra ayuda hemos construido diez nuevas casas en el último mes.

La verdad es que Damián ha montado una gran campaña con la comisión de misiones de la parroquia, organizando rifas, festivales, carreras de monedas...

Pero ahora siente preocupación por la actividad frenética de Felipe, sabe que tiene una salud frágil y que tanto activismo le hace caer en un continuo estrés. Pero, es tanto lo que hay que hacer. Entonces, brota espontánea la oración al Dueño de la Viña:

Señor, manda más obreros a tu campo. Ya ves cómo anda nuestro mundo. Envíanos misioneros, religiosos, laicos y sacerdotes comprometidos con el pueblo que sufre.

Hace unos días vino a charlar con él un joven estudiante de medicina, Raúl, que se está planteando su vocación religiosa y sacerdotal. En uno de los momentos de la conversación, Raúl preguntó a Damián:

– ¿Qué significa para ti ser misionero?

– Significa (dijo Damián) el olvido de mí mismo, el poner mi propia felicidad en la felicidad de aquellos a los que sirvo, el comprometerme sin guardarme las espaldas, el apasionamiento por la fe... y la carga necesaria de "cabezonería" para llevar adelante cosas que merezcan la pena.

Poco a poco, Raúl ha ido comprendiendo que la vida es un plato que sólo se saborea cuando se está dispuesto a gustarlo en profundidad. Lo más importante, como suele decir Damián, no aparece casi nunca *de golpe*, ni *a flor de piel*... No hay que tener miedo a que el camino sea largo.

Claro, amigos lectores, el amor a los demás, el Reino de Jesús, el valor de las personas... se descubren a medida que vamos taladrando las apariencias. Eso es un trabajo lento y comprometido, a veces árido, pero en él nos jugamos la vida. No nos sentimos cansados antes de comenzar a andar. Por cierto, ¿os apuntáis a saborear el plato del Reino con vuestra entrega a los demás?

Texto de Fernando Cordero ss.cc.



Buceando el niño interior

Damián está proyectando con un grupo de voluntarios la fundación de un *hogar funcional* para menores, cuyos padres no pueden encargarse de la educación de sus hijos por incapacidad, maltrato o desaparición del núcleo familiar. El ámbito de la marginación, especialmente el mundo de los niños, ha sido para él un reclamo con resonancias claramente evangélicas desde que estuvo en Molokai, donde intentó crear un auténtico hogar para sus muchachos.

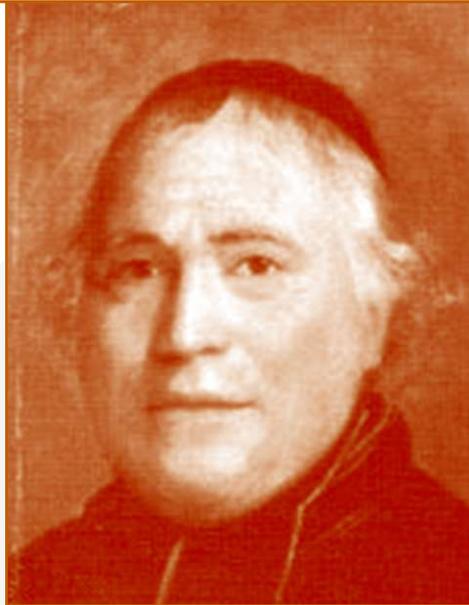
Ha viajado hasta San Fernando, donde se ha puesto en contacto con Rubén un joven educador de 28 años, que recientemente ha estrenado paternidad, y que trabaja en el Hogar Padre Coudrin conviviendo con niños entre 13 y 17 años. Rubén ha ido a recoger a Damián a la estación de trenes y, mientras iban hacia el Hogar, éste ha hecho algunas preguntas al educador.

– ¿Cuáles son las claves de vuestra oferta educativa, Rubén?

Nosotros tratamos de educar (responde Rubén con convencimiento) desde la convivencia diaria. Las alegrías, los problemas, las crisis, las vivimos juntos. Desde la afectividad tratamos de dotar de una cierta autonomía equilibrada que les permita desarrollarse más tarde personalmente.

– ¿Cómo son los muchachos que os llegan al Hogar?

Cada chaval, dice Rubén, es un mundo diferente. Sus edades comprenden la franja de la adolescencia. Algunos llegan desde el mundo de la mendicidad, sin apenas experiencia escolar. La mayor carencia que tienen es afectiva, pero ésta suele desarrollar otros problemas como desestructuración



psicológica, falta de hábitos, violencia...

Rubén le cuenta la historia del último chaval que se ha incorporado al Hogar. Se llama Alejandro y a sus trece años ya ha ejercido la delincuencia. Con apariencia de niño, sus *travesuras* son las acciones de alguien que no ha tenido una infancia normal. Desde pequeño su madre se prostituía y él estaba casi todo el día solo o en la calle, aprendiendo a *sobrevivir* en medio de un ambiente violento, infernal y duro. Es en el Hogar donde por primera vez ha tenido la experiencia de

estar en casa, de sentirse querido y arropado. Y no acaba de creerse que se puede vivir de otra forma, que puede haber personas que te quieran gratuitamente... A sus compañeros de clase, a los profesores, a los educadores, a todos trae locos, porque hace cosas de película. La última *anécdota* la provocó en el zoo, cuando fue expulsado por tirar piedras al rinoceronte que dormía en su charca plácidamente y por echar cigarrillos encendidos a los monos, que se los fumaban con cierto garbo.

Y se disponen a entrar en el Hogar. Damián recuerda su trabajo con los huérfanos de Molokai, donde descubrió que si uno sabe bucear encuentra al niño que todos hemos sido, los problemas y necesidades que todos tenemos. Hemos de seguir *buceando* en nuestro interior porque todavía en nuestra sociedad muchos niños no tienen infancia, ni familia, ni escuela... Quizá el corazón nos dé un tirón y nos haga colaborar con hogares, talleres de menores y otras instituciones que intentan dar dignidad a la vida de los más pequeños, los que Jesús quiso que estuvieran cerca de él.

Texto de Fernando Cordero ss.cc.



Llamas de solidaridad

María Jesús había llegado a su casa, un bajo de un humilde bloque de pisos, hacia las 3 de la tarde. Llegaba rendida tras haber estado desde bien temprano limpiando las oficinas de un gabinete de abogados, que solía dejar relucientes como el oro. Como hacía frío, en plena cuesta de enero, mientras calentaba la comida, encendió la estufa del cuarto de estar. Y he aquí que, estando atenta para que no se le pegase a la cazuela el arroz, la cortina próxima a la estufa prendió fuego súbitamente y comenzó a arder la habitación. En cuanto se percató del suceso salió corriendo a la calle y pidió ayuda a los vecinos que, rápidamente, se pusieron en contacto con los bomberos. Una gran nube de humo envolvió el ambiente.

En 15 minutos María Jesús se había quedado sin nada. Sintió la extraña sensación de quien ve que todo el esfuerzo y su trabajo durante tantos años se ha convertido en una surrealista estancia carbonizada. Ella es soltera, cuidó de su madre hasta su muerte y no tiene apenas familia. Se le quemó el piso entero y sus ingresos no daban para mucha restauración. Sin embargo, lo que ella no esperaba era la reacción de su barriada, habitada por personas de condición muy sencilla. En cada bloque de vecinos se organizó una colecta para recaudar fondos para María Jesús, una trabajadora como ellos. La parroquia, con el animoso P. Jorge al frente, emprendió también su campaña de ayuda.

Por aquellos días Damián había ido a dar unas charlas a la comisión de misiones de la parroquia de María Jesús. Cuando vio cómo todo el mundo se estaba volcando con esta buena mujer, les contó un cuento, un precioso cuento:

Hubo un fuego en el bosque y, entonces, los animales todos salieron huyendo. Y llegaron hasta el río los elefantes, los tigres,... Y, de pronto, junto al río vieron que un pájaro cogía agua del río, gota tras gota, y se iba al bosque y volvía una y otra vez. Entonces le dijeron los animales:

– Pero, ¿tú crees que eso vale para algo? ¿Con una



gota vas a apagar el fuego?

No, dijo el pájaro, pero quizás a fuerza de verme os entre a vosotros ganas de hacer lo mismo.

Los elefantes llenaron las trompas de agua y fueron al bosque y pudieron apagar el fuego.

Gota a gota se apagan los incendios. Y gota a gota se solidariza un barrio suburbial con una vecina. Así son los pobres, se solidarizan gota a gota. Ojalá la vida de tantos pajarillos, con los que nos encontramos en nuestro camino, nos ayuden a apagar los fuegos que incendian las pequeñas cosas que podemos hacer cada día y en las que nos jugamos nuestra coherencia como cristianos. A lo mejor estimulamos a otros a que se apunten a apagar fuegos.

Hoy María Jesús es feliz. De nuevo, tiene arreglado su piso, pero sobre todo se ha sentido *abrasada* por las *llamas de solidaridad* de sus vecinos. Un calor del que difícilmente podrá lograr desprenderse jamás.

Texto de Fernando Cordero ss.cc.



Perder la vida

Acaba de celebrar la eucaristía de 9 y ha comenzado a ensayar algunos cantos con el órgano. Un reducido grupo de personas oran ante el sagrario, mientras la luz del sol penetra por las vidrieras de la iglesia, formando un tímido arco-iris multicolor. El sonido de los acordes impregna el ambiente invitando a la oración.

Damián entra en el recogido lugar y contempla al anciano sacerdote. Son 88 los años que tiene y ¡con cuánta ilusión se le ve tocando y cantando!

Lleva nuestro organista, el Padre Ernesto, varios días ensayando un canto que le ha llegado al alma. Su estribillo es éste:

Perder la vida, tomar la cruz, seguir los pasos de Jesús.

Amar con su forma de amar; perder la vida para ser luz.

Damián se le acerca y se inicia un diálogo entre ambos.

– Padre Ernesto, ¿le parece que esto que está cantando de “perder la vida” está de moda? (Pregunta interesado el santo de Molokai).

El anciano religioso medita por unos instantes la pregunta y le responde:

– “Perder la vida” es la única forma de saber vivirla. Hay mucha gente que no pierde su vida, porque sólo saben vivir para sí mismos. Vivir pensando en uno mismo es una manera de estar muerto, de no emprender con ilusión nuevos proyectos y expectativas.

– Creo (dice Damián) que a algo parecido nos invita Jesús en el Evangelio:

*“El que busque su vida la perderá
y el que pierda su vida por mí,
la encontrará”.*

Ahí está, amigos lectores, el secreto de una larga vida, la del P. Ernesto y la de muchos creyentes. Toda persona que vive pendiente de los demás, que derrocha



su tiempo y sus energías con los que le necesitan, recibe un extraño aliento, una fuerza y juventud imperecederas, que sólo pueden venir de lo Alto.

Ayer regresó el P. Ernesto de su pueblo, Aibar. Ha estado unos días con su querida familia, disfrutando de un merecido descanso. A cada religioso de su comunidad ha traído una deliciosa trucha, recién pescada, de su tierra. Pero lo más rico que puede ofrecer son sus ganas de seguir sirviendo a la gente de la parroquia, a las monjas del Convento de Santa Paula, su buena conversación, su presencia cercana y atenta.

Gracias, Señor, por nuestros ancianos y ancianas, por el testimonio de sus vidas, porque viéndoles comenzamos a entender lo que es *perder la vida* con estilo y convicción. Y también descubrimos que a cualquier edad se puede ser joven para amar.

Texto de Fernando Cordero ss.cc.